

LOS VALORES EDUCATIVOS EN JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

SERAFÍN-M. TABERNEO DEL RÍO

RESUMEN: Este trabajo muestra los principales valores educativos presentes en la obra poética de Gabriel y Galán. Son los siguientes: la verdad, la justicia; el amor a Dios, a los semejantes, a la vida, al trabajo oscuro; el aprovechamiento del tiempo, el afán de vivir. Previamente, se hace una exposición sobre qué son los valores, cómo se conocen cómo están jerarquizados.

ABSTRACT: This work shows the mains educatives values wich are presents in the poetical work of Gabriel y Galán. They are: the truth, the justice; the love of God, of the rest mans, of the life, of obscure work; the good use of time, the desire to live. Previouly, this work shows what are the values, how the are knowns and how the are arrangeds.

PALABRAS CLAVE: Galán / Ortega / Scheler / valor / cualidad / conocimiento / jerarquía / rango.

PROBLEMÁTICA DE LOS VALORES

CONSECUENCIAS NEGATIVAS DEL OLVIDO DE LOS VALORES

Es un hecho de observación vulgar que, desde distintos ámbitos de la vida española, se proclama la necesidad de una sólida instalación en los valores. Y ello es así, porque el olvido de éstos, entre otras cosas nos ha llevado a una sociedad en que coexisten el hambre y la opulencia, la corrupción, el tráfico y consumo de drogas, la delincuencia, la depravación sexual, la falta de conciencia de que la vida humana tenga un claro y nítido sentido.

No se trata de que la sociedad occidental, y no sólo la española, viva de espaldas a los valores por olvido total de éstos, sino de que prima algunos de ellos, olvida otros y, por tanto, pasa por alto la racional jerarquización que debe haber entre los mismos. Así, los valores hoy casi universalmente admitidos son los relativos al dinero, al placer inmediato, a la eficacia técnica y al poder. Esto ha dado lugar, además de a los males reseñados, a estos otros: el deterioro de la biosfera, el calentamiento progresivo del planeta y la deforestación de éste, la contaminación de los ríos...

ERRÓNEO ENFOQUE DE LA EDUCACIÓN

Otra consecuencia importante de lo dicho es que se enfocan problemas, como el educativo, con auténtica miopía. Así, con machacona insistencia se habla de mejorar la "calidad de la educación", y, muchas de las veces, no se sabe bien de qué se habla. Hasta tal extremo se confunden las cosas que, con frecuencia, la referida mejora se pretende reducir a aspectos fácilmente cuantificables: más escuelas, más conocimientos, más medios técnicos, más años de escolaridad... Sin duda alguna, estos aspectos cuantitativos son ingredientes importantes del quehacer educativo; pero no son los únicos. Existen otros de más hondo calado.

Los conocimientos se expresan fácilmente y son, por ello, fácilmente apreciables para cualquier observador no despistado. Pero el "porqué" de un sujeto, para actuar de una u otra manera –leer una novela o irse de pesca en un día soleado, o ...– resulta de más difícil aprehensión. Quizá, por esto, casi siempre se ha descuidado en la escuela su cultivo. Sin embargo, estos aspectos constituyen el meollo de la vida verdadera, auténticamente humana: sobre un hombre es importante conocer "cuánto sabe"; pero lo es aún más percatarse de al servicio de qué, o de quién, pone sus conocimientos.

Por otro lado, nuestra Constitución, en el preámbulo y en el artículo primero, contiene, por una parte, una básica declaración programática de ideales; y, por otra, consigna los valores sociales necesarios en los ciudadanos, para que tales ideales se conviertan en realidad.

¿QUÉ SON LOS VALORES?

Dicho lo anterior, se impone dar respuesta a la pregunta de qué son los valores. Dos son las posturas que se han adoptado ante tal interrogante, según que a los valores se atribuya un carácter relativo o un carácter absoluto.

Los autores del primer grupo, parten de un hecho incuestionable: que la estimación de los valores no ha sido ni es constante, respecto a los diversos lugares y tiempos. Como consecuencia, juzgan que aquéllos dependen de los sentimientos de agrado o desagrado de los sujetos, de que éstos los deseen o no, de las circunstancias en que éstos se desenvuelven.

El grupo segundo está integrado por pensadores que consideran necesario distinguir entre “valores” y “valoraciones”. Una valoración es la estimación o visión de los valores por parte del hombre, y la consecuente reacción de éste ante aquéllos. Y la forma de valorar, las valoraciones, es lo que varía de unas a otras épocas, de unos a otros lugares, de unos a otros sujetos. En cambio, los valores en sí son eternos, inmutables a lo largo de la historia.

Hay que tener en cuenta que tanto en el primero como en el segundo de los mencionados grupos se distinguen, o pueden distinguirse, varios subgrupos, en función de diferentes matizaciones.

De acuerdo con lo que va expuesto, es conveniente clarificar dos relaciones: la que los valores tienen con lo agradable, y la que tienen con lo deseable.

Los valores no se identifican con las cosas agradables

Esa identificación, la de lo valioso con lo agradable, es lo primero que a cada cual se le ocurre, según la autorizada opinión de Ortega y Gasset. Así, según el común sentir de las gentes, es valiosa una cosa cuando nos agrada, y en la medida en que resulta agradable; y al contrario, respecto al valor negativo¹.

Un filósofo nacido en Lemberg (Galitzia), Alexius von Meinong (1853-1921), fue el primero que defendió formalmente la identificación referida. Se apoyó en el hecho de que una misma cosa puede ser valorada de forma diferente por diferentes personas. Con tal postura, se introducía el subjetivismo en el ámbito de los valores, subjetivismo que sigue acaparando actualmente la adhesión de no pocos. Este modo de ver las cosas es también el del positivismo clásico y el de algún representante del positivismo lógico. Por el contrario, Ortega se opone a tal modo de pensar.

Según el filósofo madrileño, al valorar como bueno un objeto, en modo alguno puede decirse que la bondad emane de nuestro sentimiento de agrado y se proyecte sobre el objeto, sino que ocurre exactamente al revés: nos agrada porque nos parece bueno; no nos parece bueno, porque nos agrade. Buena prueba de

1. ORTEGA Y GASSET, José. *Introducción a una estimativa. ¿Qué son los valores?* Obras Completas, VI, 7ª edición. Madrid: Revista de Occidente, 1973, p. 319. El texto de Ortega es de 1923.

ello la constituye el que frecuentemente actos no agradables para quien los realiza, son valorados de forma muy positiva. Sin embargo, existe una clase particular de valores, sólo una, en que el placer es el fundamento del agrado: la constituida por las delicias físicas.

Los valores tampoco son las cosas deseadas o deseables

En contraposición a Meinong, un discípulo suyo, Christian Ehrenfels (1859-1932), austríaco de nacimiento, defiende que lo valioso es lo deseable: lo que no se tiene y se desea tener, o lo que, teniéndolo, se desea no perderlo. Veamos, siquiera sea resumidamente, cómo fundamenta su modo de pensar.

Ehrenfels opina que la teoría de su maestro, de Meinong, sobre los valores, queda invalidada por esta común experiencia: sólo produce agrado lo existente, y valoramos, sobre todo, lo no existente, lo que nos falta. Así, damos un gran valor a la riqueza que no poseemos, a la salud perdida... No en vano suele decirse, hasta en el más oscuro rincón de la Tierra, que la salud no es suficientemente valorada hasta que no se pierde.

Meinong, naturalmente, no tardó en responder a su discípulo, argumentando que desear no es valorar. Se desea sólo lo no existente; pero valoramos muchas cosas existentes que poseemos y con las que gozamos. Por tanto, el valor de una cosa no puede identificarse con el ser deseada. Podría decirse aún más: que la valoración comienza con la posesión o existencia del objeto, y el apetito o deseo del mismo cesa cuando se tiene².

No obstante, Meinong acabó cediendo, frente a Ehrenfels, en que sí es posible valorar lo no existente: por ello, aquél distingue entre “valor de actualidad”, que es el del objeto presente que complace; y el “valor de potencialidad”, esto es, el del objeto que complace, aunque esté ausente.

Ni con Meinong ni con Ehrenfels está Ortega de acuerdo, por el subjetivismo en que uno y otro incurrían, ya que para aquéllos el valor es algo que emana del sentimiento o del deseo del sujeto. Los pensamientos de ambos pudieran muy bien sintetizarse en esta sola fórmula: “a mayor apetito o mayor agrado, mayor valor”. Esta correspondencia es rechazada por el filósofo madrileño, sin el más mínimo titubeo.

Ortega considera que son muchas las acciones que son valoradas muy positivamente, siendo desagradables para el sujeto que las ejecuta. Pensemos, por ejemplo, en quien se juega la vida, por salvar la de otro. O pensemos, es otro ejemplo, en quien hambriento de varios días, siente deseo inmenso de comer y, en una extrema necesidad, sería capaz de vender un cuadro de Velázquez, para adquirir alimentos

2. Una más extensa y crítica exposición de las diversas posturas sobre los valores, puede verse en nuestro trabajo: TABERNERO DEL RÍO, Serafín-M. “Valores y educación en Ortega”. En PAREDES MARTÍN, M.^a Carmen (ed.). *Ortega y Gasset. Pensamiento y conciencia de crisis*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994, p. 155-188.

con que eliminar el hambre. En modo alguno puede concluirse de un hecho así, que el tal sujeto valore más los alimentos logrados que el cuadro vendido.

Hasta aquí, hemos visto lo que no son los valores, y esto no es suficiente. Se sabe, desde Aristóteles, que, al definir o describir una cosa, no debe uno limitarse a negar, si se puede afirmar algo de la cosa cuya definición o descripción se intenta. Para conocer los ofidios, no basta con decir que no son como las abejas. En este sentido, examinemos algunas tesis que, siguiendo a Max Scheler (1874-1928), propone Ortega:

- 1^a) Los valores son algo objetivo y no subjetivo.
- 2^a) Los valores son cualidades irreales residentes en las cosas.
- 3^a) El conocimiento de los valores es absoluto y cuasi matemático.

Los valores son algo objetivo y no subjetivo

Una prueba de ello está en el hecho, bastante frecuente, de que nos vemos obligados a reconocer que tienen determinados valores personas que nos gustaría que no los tuvieran, por lo mal que esas personas nos caen o por el disgusto que pueden causarnos. Es el caso de la mocita que, al ver aparecer otra de superior belleza a la suya, se echa a temblar ante la posibilidad de que le arrebatase el novio.

Por otro lado, si los valores fueran subjetivos, si dependieran de lo que nos parece, ¿por qué acudimos al entendido en medicina, para conocer nuestro estado de salud –uno de los valores vitales–, y no a cualquier otra persona ayuna de conocimientos médicos?

Y, en el campo de lo justo y de lo injusto, el que una sentencia sea de uno u otro signo, ¿dependerá de nuestro estado de ánimo, de que nos funcione bien o mal el estómago, de que tengamos o no disgustos familiares? Evidentemente, no.

Los ejemplos podrían multiplicarse, y ello prueba que, en los valores, la objetividad se presenta como una constante de los mismos.

A la vista de lo expuesto, nos sale al paso el siguiente interrogante: ¿por qué los hombres difieren tanto en sus valoraciones? Hay que responder que aquí se plantea un problema distinto, y que las divergencias, son, no pocas veces, más aparentes que reales. Con frecuencia, las discusiones se refieren más a las palabras que a los hechos, ya que en la práctica la mayor parte de los sujetos actúan de forma coincidente. Yo he comprobado numerosas veces, en mis clases universitarias, que grupos más o menos numerosos de alumnos dicen, al estilo rousseauiano, pestes de la técnica –bien o valor útil–, y, al salir del aula, echan mano del “móvil”, lo mismo que los que habían opinado al revés que ellos. Y ¡qué no decir del uso del automóvil o del avión!

Y también se da con frecuencia, en las discusiones valorativas, que los diferentes sujetos designan con las mismas palabras cosas diferentes.

En resumen: el *valor* es independiente de nuestros deseos y de nuestras reacciones de agrado o desagrado; es algo positivo o negativo que los objetos

–“objetos” en sentido amplio– nos presentan, y que, al percibirlo, reconocemos en el acto de valoración. Por tanto,

... Valorar no es dar valor a quien por sí no lo tenía; es reconocer un valor residente en el objeto...³.

Los valores son cualidades irreales residentes en las cosas

Si son los valores algo objetivo, puede cualquiera preguntarse sobre “dónde” se encuentran. Y a tal pregunta responden, Ortega y Max Scheler, que los encontramos en las cosas; pero que no se identifican ni confunden con ellas. Y es que los valores son algo cualitativo que las cosas tienen, esto es, algo accidental que determina a éstas a ser de una manera determinada o a actuar de un determinado modo.

Ahora bien, ¿qué tipo de cualidad constituyen los valores? Por lo pronto, se trata de cualidades no físicamente visibles. Pensemos, por ejemplo, en la elegancia de un traje: es invisible, aunque reside en las líneas y el colorido visibles de aquél. Y es que en el mundo no sólo se encuentran cosas, sino también objetos más claros que las cosas mismas; por ejemplo, los “números”, que no pueden verse con los ojos.

Para clarificar más el asunto, conviene percatarse de que las cosas tienen o pueden tener dos tipos de cualidades:

- 1) *Cualidades propias*, que son tenidas por cada cosa, independientemente de la relación que con otras cosas pueda tener.
- 2) Y *cualidades relativas*, que son las que una cosa tiene en comparación o relación con otras. De este tipo son cualidades como “ser igual”, “ser semejante”, “ser hijo de”...

Es obvio que las cualidades *relativas* no son físicamente visibles; pero sí son de alguna manera captables por el sujeto. En este sentido, podemos decir con Ortega:

Los valores son un linaje peculiar de objetos irreales que residen en los objetos reales o cosas, como cualidades “sui generis”. No se ven con los ojos, como los colores, ni siquiera se entienden, como los números y los conceptos. La belleza de una estatua, la justicia de un acto, la gracia de un perfil femenino no son cosas que quepa entender o no entender. Solo cabe “sentirlas”, y mejor, “estimarlas o desestimarlas”⁴.

Pero, ¿qué es eso de estimar? Viene a ser una especie de generalización de lo que Hutcheson (1664-1746), pensador irlandés, llamó “sentido moral”. Este senti-

3. Nota 1, p. 327

4. Nota 1, p. 330.

do, según ese autor, permite al hombre distinguir entre acciones moralmente buenas y acciones moralmente malas. Y no sólo eso, sino que tal sentido nos impulsa a aprobar las primeras acciones y a reprobar las segundas.

Ahora bien, este modo de entender la captación de lo moral, de lo bueno y de lo malo, es extensible a la aprehensión de valores de todo tipo. Y esto es lo que han hecho varios de los filósofos contemporáneos, entre los que se encuentra el autor de *La rebelión de las masas*. Por eso, escribe:

El estimar es una función psíquica real –como el ver, como el entender– en que los valores se nos hacen patentes. Y, viceversa, los valores no existen sino para sujetos dotados de la facultad estimativa, del mismo modo que la igualdad y la diferencia solo existen para seres capaces de comparar. En este sentido, y sólo en este sentido, puede hablarse de cierta subjetividad en el valor⁵.

El conocimiento de los valores: sus caracteres

Ya queda consignado que tal conocimiento es absoluto y *quasi* matemático. ¿Qué se quiere decir con esto? Hemos dicho que los valores están en las cosas; pero que no se confunden con ellas. Ello significa que aquéllos no varían, al variar éstas. La belleza femenina no se altera, porque una mujer determinada la pierda, como consecuencia, por ejemplo, de cualquier desgraciado accidente. Igual podría decirse de otro valor cualquiera: de la religiosidad, del amor, de la elegancia, de la exactitud... Aunque en un concreto momento desaparecieran de la Tierra todos los hombres religiosos, los depositarios de la religiosidad, no por eso desaparecería ésta. De análogo modo, tampoco desaparecería la exactitud del “binomio de Newton”, porque éste se borrara de todas las mentes humanas en un determinado minuto.

Los valores, pues, permanecen invariables, con independencia de que determinadas cosas puedan dejar de ser depositarias de los mismos, en un momento dado. Y esto mismo puede decirse respecto a la percepción de las cosas y los valores que sustentan: aquéllas y éstos no se captan en el mismo acto perceptivo, sino independientemente las unas de los otros. Puede percibirse perfectamente una cosa y, sin embargo, sus valores pueden quedarnos inadvertidos por completo. Y, al contrario, parece bastante corriente, entre los entregados a la creación artística, que perciban ciertos valores, previamente a que residan en cosa alguna. Y, a nivel casi general, puede afirmarse que casi todos echamos de menos la “justicia perfecta”, lo cual prueba que nos hacemos cargo de ella, sin que esté depositada en situación alguna.

Pues bien, esa independencia de los valores, respecto a las cosas en que puedan residir, constituye el carácter absoluto de aquéllos y de su conocimiento. Y

5. Nota 1, p. 330.

ese carácter, esa absolutidad, es la base de otras dos notas que tienen los valores: la polaridad y la jerarquización.

Polaridad, jerarquización y materia de los valores

La “polaridad” es la propiedad por la que todo valor puede ser positivo o negativo o, lo que es lo mismo, todo valor (polo positivo) tiene su contravalor (polo negativo). Y la “jerarquización”, la propiedad por la que los valores están ordenados entre sí, en función de la mayor o menor superioridad o dignidad que tienen unos respecto de los otros. Como consecuencia de ese orden, los diferentes tipos de valores tienen grados, niveles o “rangos” diversos.

Se basan, pues, la jerarquía y el rango, en el hecho de que es esencial a todo valor ser superior, inferior o equivalente a otro. Y este jerárquico hecho goza de la misma certeza que el de las relaciones “menor o mayor que”, en la serie de los números. Ortega pone, como ejemplo, la superioridad indiscutible de la “bondad moral” respecto a la “elegancia”, siendo, como son, valores tanto la una como la otra. He aquí sus palabras:

... En última instancia, la verdad matemática nos transfiere a la intuición o intelección de los números. Basta entender bien lo que es cinco y lo que es cuatro para que nos sea evidente la minoría de cuatro respecto a cinco. Basta asimismo con “ver” bien lo que es “elegancia” y lo que es “bondad moral” para que aquella aparezca como objetivamente inferior a ésta⁶.

Los valores son, pues, la negación de la “indiferencia”. En este sentido, si a ésta le adjudicamos el número cero, en una recta representativa de los valores, puede decirse que éstos tienen más o menos jerarquía cuanto más o menos se aleje de la indiferencia o punto cero, en cualquiera de los sentidos ya apuntados: positivo o negativo.

Por último, diremos que se suele hablar, en los círculos filosóficos, de la “materia” de los valores. Consiste en lo que cada valor es en sí mismo, aquello por lo que los diferentes valores se distinguen entre sí. Esa “materia” se capta por una percepción inmediata, directa. Inmediatamente nos hacemos cargo, por ejemplo, de que la “exactitud” es distinta de la “bondad”, y que una y otra se distinguen de la belleza.

Ahora bien, ¿a qué criterios obedecen los susodichos jerarquía y rangos? Es mucho lo que se ha discutido sobre la relativa respuesta. Max Scheler señala como criterios las notas siguientes: la *perdurabilidad* o resistencia a consumirse y desaparecer; la *indivisibilidad*, esto es, la no fragmentación del valor entre los distintos objetos o personas que son de él portadores; la *fundamentación teleológica*: significa esto que todo valor que es fin en sí mismo, es superior que el que es sólo medio

6. Nota 1, p. 332.

para la consecución de otro; la *intensidad de la satisfacción* que la posesión del valor produce, la cual puede ser más o menos superficial o más o menos profunda; la *exigencia de un tipo determinado de sensibilidad*, para percibirlos y poseerlos.

Según los criterios que acaban de exponerse, Scheler establece los siguientes niveles o rangos en la escala axiológica o de los valores –recordemos que el estudio de éstos se denomina axiología–: valores económicos o utilitarios, vitales, estéticos, lógicos, morales, religiosos. Es obvio que así ordenados, los valores se presentan de menor a mayor graduación o categoría. Los religiosos, los morales y los lógicos son, pues, los valores superiores dentro de la escala. Claro está, puede darse el caso, y de hecho se da, que más de un sujeto no perciba la jerarquía de los valores del modo expuesto o que, incluso, no perciba los valores de un determinado rango. ¿Cómo explicar esto? Del mismo modo que se explica la incapacidad de muchos, para estudiar y eficazmente asimilar determinadas materias. En este sentido, Scheler habla de la “ceguera” que algunos tienen, para la captación total o parcial de los valores, así como de su jerarquización.

LOS VALORES EN GABRIEL Y GALÁN

Expuestos el concepto, la percepción y la jerarquización de los valores, pasaré a la exposición de los que, a mi modo de ver, se perciben más nítidamente en la obra de Gabriel y Galán; y también de los modos por los que están expresados. Son los siguientes: la verdad, la justicia; el amor a Dios, a los semejantes, a la vida, al trabajo oscuro; el aprovechamiento del tiempo, el afán de vivir...

Comenzaré por el primeramente apuntado: *la verdad*.

LA VERDAD

Recordaré que en un libro famoso titulado *Historia de los conflictos entre la Religión y la Ciencia*, y, precisamente, brillantemente rebatido por el que fuera obispo de Salamanca, P. Cámara, se preguntaba, su autor, el fisiólogo neoyorquino Dr. Draper: “¿Qué es la verdad?”. Y, a renglón seguido, añadía: “Ésta era la pregunta apasionada de un procurador romano, en uno de los más solemnes momentos de la Historia. Y la divina persona que ante él se encontraba, no respondió, a no ser que en el silencio estuviera implícitamente contenida la respuesta”. Pues bien, a pesar de lo insinuado por el autor referido, es necesario aclarar lo que sea la verdad, ya que de otro modo carecería de sentido cuanto sobre ella dijéramos. Traigamos, por tanto, a la memoria que, siguiendo a Aristóteles, Tomás de Aquino afirma que la verdad es, en sentido amplio, una propiedad de las cosas, los pensamientos y las palabras. Y dice que, en sentido estricto, *veritas est adaequatio rei et intellectus*, esto es, la adecuación del entendimiento con la realidad.

Según esto, implica, la verdad, una relación de conformidad entre dos términos: las cosas y los pensamientos. Y, con arreglo al fundamento o soporte de tal

relación, se distinguen tres tipos de verdad: metafísica, lógica y moral. La “verdad metafísica” es la conformidad de las cosas con el tipo ideal o concepto que con ellas coincide, y, en última instancia, con las ideas preexistentes en el entendimiento divino. La “verdad lógica” es la conformidad de nuestro pensamiento con las cosas. Y, por último, “verdad moral” es la coincidencia de nuestro pensamiento con lo que decimos.

Pero quizá nadie se ha expresado con tanta claridad como D. José Ortega y Gasset sobre el concepto e importancia de la verdad. Así, en un texto de 1916, puede leerse:

De todas las enseñanzas que la vida me ha proporcionado, la más acerba, la más inquietante, la más irritante para mí ha sido convencerme de que la especie menos frecuente sobre la Tierra es la de los hombres veraces...⁷.

No se piense, al oír o leer estas palabras, que Ortega exagera, que acaso no se ha fijado bien en la gente y que, por ello, no se ha tropezado con los numerosos portadores de la verdad que se dan por todas partes. Nada más erróneo que pensar de ese modo. El propio Ortega nos lo dice inmediatamente después de las palabras citadas:

...Yo he buscado en torno, con mirada suplicante de náufrago, los hombres a quienes importase la verdad, la pura verdad, lo que las cosas son por sí mismas, y apenas he hallado alguno. Los he buscado cerca y lejos, entre los artistas y entre los labradores, entre los ingenuos y los “sabios”... ¡Y he hallado tan pocos, tan pocos, que me ahogo!

Y, en punto y aparte, nos indica la causa de esa asfixiante situación, con estas palabras: “Sí: congoja de ahogo siento, porque un alma necesita respirar almas afines, y quien ama sobre todo la verdad necesita respirar aire de almas veraces ...”.

Ahora bien, si no veraces, ¿cómo han sido los hombres encontrados por Ortega? He aquí la respuesta:

... No he hallado en derredor sino políticos, gentes a quienes no interesa ver el mundo como él es, dispuestos sólo a ver las cosas como les conviene...

Y Ortega concluye:

Hace falta, pues, afirmarse de nuevo en la obligación de la verdad, en el derecho de la verdad.

7. ORTEGA Y GASSET, José. *Verdad y perspectiva. Obras Completas*, II, 7.^a ed., 1966, p. 16. El texto citado es de 1916.

Como resultado de la precedente disección del texto orteguiano, podemos concluir:

- 1º) La verdad es lo que las cosas son por sí mismas; y la percepción y expresión de ello, por parte de los sujetos, hace a éstos veraces.
- 2º) La importancia de la verdad es tal, que, sin ella, sería imposible la comunicación interpersonal, la sociedad y, por tanto, la vida humana.
- 3º) Sin embargo, se prodiga en exceso la contraposición de la verdad, la mentira o utilización de las cosas y los hechos conforme a cada cual le conviene.
- 4º) El político es, suele ser, el prototipo de esa actitud engañadora y engañosa.
- 5º) Es urgente, pues, enraizar la verdad en la sociedad, de modo que llegue a generalizarse la instalación en aquélla del comportamiento humano.

He dicho que las palabras comentadas de Ortega, fueron publicadas en 1916. Pues bien, Gabriel y Galán se anticipa en buena parte al filósofo, al escribir, en 1904, el poema titulado “A su Majestad el Rey”⁸. Así, considera que a éste, a cualquiera que ejerza el mando en cualquiera de sus grados, no se le debe mentir, ocultar la verdad de los aspectos negativos de la sociedad, ya que sólo de este modo se les puede poner remedio. Por eso, en contraposición a lo que haría el “cortesano impuro”, el poeta descubre al Monarca, en un viaje que éste hizo a Salamanca, la deplorable situación vital de los habitantes de Las Hurdes. En las dos primeras estrofas, lo anuncia sin ambages:

Señor: no soy un juglar;
soy un sincero cantor
del castellano solar.
Canto el alma popular;
no tengo nombre, señor.

Por eso, porque un oscuro,
porque un sincero es quien canta
y no un cortesano impuro,
oiréis el de mi garganta
canto llano, pobre y duro.

Y, tras intercalar una estrofa en la que dice al Rey que, sin duda, le agraderá más la exposición veraz de las cosas que el falso halago, le advierte de la posibilidad de que haya sido engañado por los interesados aduladores que siempre pululan alrededor del poder: los desleales cortesanos, en el caso de las monarquías. He aquí el modo por el que lo expresa:

Señor: si en ese sagrado
solar de español sentir

8. GABRIEL Y GALÁN, José M^a. *Obras Completas*, 2.^a edición en un tomo. Madrid: Aguilar, 1945, pp. 111-114.

han ante vos ocultado
con la luz de vivir dorado
sombras de negro vivir,

mintió la vieja embustera
que llaman cortesanía...
¡Mejor a su rey sirviera
si en bien de la Patria mía,
verdad a su rey dijera!

Tras ese alertar al monarca, el poeta expone lo que, respectivamente, la fe y el amor le enseña y dice acerca de la función de aquél:

Que Dios corona a los reyes
para que a mundos mejores
lleven innúmeras greyes,
mejor que atadas con leyes,
sueñas en cursos de amores.

LA JUSTICIA

Con este recordatorio, Gabriel y Galán pasa a informar sobre la situación injusta en que viven los “jurdanos”, con lo que, sin abandonar la verdad, se instala en el ámbito de otro valor: el de la *justicia*. Y es que la verdad lo es siempre de “algo”, al igual que ocurre con su contraria, la mentira, y con los valores restantes. He aquí, pues, la denuncia de la mencionada injusticia y la forma expresiva de que para ello se sirve:

Señor: en tierras hermanas
de estas tierras castellanas,
no viven vida de humanos
nuestros míseros hermanos
de las montañas jurdanas.

Y se atreve a pedir, al monarca, que no escuche a quienes, para halagarlo, para no disgustarlo y ganarse así su favor, le dicen que todo está bien, porque la verdad es muy otra:

*Dolor de cuantos los vieren,
mentís de los que mintieren
aquí los parias están...
De hambre del alma se mueren,
se mueren de hambre de pan.*

Y, en la estrofa siguiente, expresa, nuestro autor, los materiales efectos que sobre sus manjares, los del poeta, produce la desdichada situación de los mencionados parias: “... mis modestos manjares/ devoran violentamente...”. No pensemos que

aquí el poeta escribe, dejándose llevar de un rastrero y egoísta materialismo. Opino, más bien, que lo que pretende comunicar al Rey, y, en general, al lector, es la infrahumana condición a que el ser humano descende, cuando, como era el caso de los hurdanos, no están satisfechas sus necesidades vitales básicas. De ahí, que describa el modo de comer y de comportarse de dicha gente de modo análogo a como lo haría con el de hambrientas fieras: "... devora violentamente".

No es, pues, ramplón egoísmo lo que suscita en el poeta la dolorosa situación de los hurdanos, a los que, recordémoslo, los llama hermanos. Es afán de justicia, de respeto a la dignidad humana, de práctica de los auténticos modos de vida cristianos, tal como lo expresa en las dos siguientes estrofas:

Tanta pena he contemplado
que unas veces he llorado
con llanto de compasión,
y otras mi voz han velado
gemidos de indignación.

Porque infama la negrura
de la siniestra figura
de hombres que hundidos están
en un sopor de incultura
con fiebre de hambre de pan.

Y termina, el gran lírico, el poema, reclamando a la Patria y al Rey, con una exclamación desiderativa, que pongan remedio a la situación,

i...
que disipe los horrores
de esta visión afrentosa!

No es sólo en *A su Majestad el Rey* donde el poeta de Frades defiende la justicia, sino que puede sin hipérbole decirse que aquélla está presente en gran número de sus páginas. Así, por ejemplo, en *Mi vaquerillo* y en *Los postres de la merienda*.

En la primera de estas composiciones⁹, vuelca el poeta toda su ternura hacia el niño que se ve obligado a trabajar, antes de tener para ello una edad razonable. Se trata del cuidador de las vacas, que ha de guardarlas tanto de día como de noche. Ya el título del poema nos anuncia certeramente la ternura que lo preside, lo que patentiza inmediatamente la primera de las estrofas, que además pone de manifiesto la inocente bondad del niño:

He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas.

9. Nota 8, pp. 469-471.

En el valle tendió para ambos
el rapaz su raquílica manta
y se quiso quitar –¡pobrecillo!–
su blusilla y hacerme almohada!

Y describe el poeta, a renglón seguido, la clara y serena noche de junio en que estuvo acompañando al vaquerillo, para terminar con un anímico estremecimiento por la toma de conciencia de la peligrosa soledad en que el niño pasaba todas las noches del año. Galán se hace cargo de lo que él sentiría, si un hijo suyo tuviera que vivir en parejas condiciones, y traslada ese angustioso sentimiento a los padres del vaquerito de sus vacas. Por eso, tras la enumeración evocadora de los variados peligros que, según los meses, acechaban al niño vaquero, expresa este impresionante desahogo lírico:

Yo tenía un hijito pequeño
–¡hijo de mi alma,
que jamás te dejé si tu madre
sobre ti no tendía sus alas!–
y si un hombre duro
le vendiera las cosas tan caras!...
Pero ¿qué van a hablar mis amores,
si el niño que cuida mis vacas
también tiene padres
con tiernas entrañas?

En esta situación intelectual y emotiva, el poeta, enormemente receptivo a la voz de la conciencia, nos revela que ésta, mientras el niño dormía, le habló con muy duras palabras, y ello hasta el extremo de llegar a reemplazar, en aquel momento, al padre del vaquerillo:

El niño dormía
cara al cielo con plácida calma;
la luz de la luna
puro beso de madre le daba,
y el beso del padre
se lo puso mi boca en su cara.

Por último, el desenlace de la situación no podía ser otro que el remedio del injusto modo de vida a que estaba sometido el niño. Así, tras prepararle “un almuerzo muy rico”, el vaquerillo, mientras los dos almorzaban, escucha estas reparadoras palabras del poeta:

Tú te quedas luego
guardando las vacas,
y a la noche te vas y las dejas...
¡San Antonio Bendito las guarda!...

Y a tu madre a la noche le dices
 que vaya a mi casa,
 porque ya eres grande
 y te quiero aumentar la soldada...

Podrían recordarse muchos otros poemas, en que el poeta defiende y proclama rotundamente la justicia. Me limitaré, sin embargo, a comentar, siquiera sea brevemente, el mencionado *Los postres de la merienda*¹⁰. Pertenece a las composiciones *Extremeñas*, y en ella se contraponen el duro trabajo del obrero de la tierra, a la dureza de trato del propietario de la misma: mal salario, mala alimentación, insuficiente descanso...

El sol quemaba, y al mediar el día
 interrumpió Francisco la faena:
 una faena trabajosa y ruda,
 menos propia de hombres que de bestias.

Se patentiza, en esta primera estrofa, la inhumana dureza de la tarea a que el trabajador se ve sometido. Y, en la siguiente, se nos describen los efectos que tal trabajo le produce: laxitud de los músculos, sequedad de las fauces, ojos escaldados y el rostro y hasta la boca llenos del “polvillo de la tierra”. En estas condiciones, Francisco

...
 a la sombra candente de un olivo
 se dispuso a comerse la merienda:
 un pedazo de pan como caliza
 y un trago de agua... si la hubiese cerca.

Pero Francisco, sabe que, a pesar de trabajar con todas sus fuerzas, el amo no está conforme con lo que le rinde, que le exige más. Por eso, se lamenta para sí, con gran amargura:

¡Y entavía gruñi el amo! –meditaba–.
 Pus no sé yo que más jacel se puea
 que trabajal jasta que el cuerpo dici
 que aunque quiera no pue jacel más juerza.

¡Y gruñi! Y pa ganal los cuatro reales
 es menestel queal jecho una breva,
 y estrozalsi la ropa, y no traelsi
 ni un cacho tajaína pa merienda
 pa que el cuerpo no diga que no puedi
 y se abarranqui con la carga a cuestas.

10. Nota 8, pp. 269-272.

Aclaremos que los “cuatro reales” los ganaba solamente Francisco en determinadas temporadas: la de la recolección estival de los cereales, la de la bellota y la de las aceitunas. Durante las restantes, se reducía a “tres reales” su salario. Por la imaginación del pobre y honrado Francisco, pasa, a veces, la posibilidad de compensar su escaso jornal, robando al amo diversos productos para venderlos. Pero se arrepiente inmediatamente del imaginativo latrocinio

...

porque a mi no me sale la robaina
¡y antis me junda que me jaga a ella!

Consecuentemente, Francisco se resigna a seguir en la penosa situación en que se encuentra, aun que condicionado a que no empeore la cosa, para su mujer y su hijo:

Seguiremos asín, como poamos,
aguantando, aguantando lo que venga,
jasta que ya se llenin las medias,
¡porque me giere que el muchacho y ella
no se puean jartal de pan de trigo
ni un torresnino por colalo tengan!...

Ahora, en las tres siguientes estrofas, el autor introduce el contrapolo de Francisco, presentándonos el comportamiento del “amo que no daba la peseta”. Así, cuando el resignado y casi descuartizado trabajador se encontraba descansando un poco y sumido en sus lamentos, aparece el amo montado a caballo. El poeta lo llama “verdugo”, y en su boca pone las siguientes palabras:

No quiero jornaleros comodones
que a la sombra tan frescos se me sientan,
ni señoritos finos que se tardan
una hora en comerse la merienda.
La herramienta parada, tú sentado,
y luego, ¡que te paguen a peseta!
Te debo medio día, deja el corte
y a la noche te vas a por la cuenta.
No dijo más, y al trote de la jaca
salió del olivar por la vereda.

En la siguiente y última estrofa del poema, nos ofrece Galán la reacción de Francisco ante el trato altanero y radicalmente injusto del dueño de la finca:

....

murmuró con la voz,
preñada de amenazas y algo trémula:
¡Me caso en Reus!... ¡Lo que yo jaría
si el chico y la mujel se me murieran!...

Resumiendo: en *Los postres de la merienda* tenemos una clara, rotunda defensa de la justicia, que resumidamente se concreta de este modo:

- 1º) Condena de la vulneración de cualquiera de los ámbitos o formas comprendidos por la justicia: alimentación, vestido, salario digno para el decoroso sostenimiento de la familia del trabajador; descanso suficiente...
- 2º) Presentación repulsiva de quien vulnere la justicia en cualquiera de esos aspectos.
- 3º) Comprensión, y casi justificación, de cualquier acción vengativa por parte del trabajador sometido a vivir, sin tener satisfechas las más elementales necesidades humanas.
- 4º) Defensa y respeto de cualquier persona, sin distinción alguna por el aparente rango social al que pudiera pertenecer.

EL AMOR

El amor es, decíamos, otro de los valores presentes, de forma relevante, en la obra escrita de Galán. Una y otra vez nos lo encontramos como sustrato, como base cimentadora de casi todos los demás. Pero quizá donde se encuentra de más explícito modo, es en las composiciones siguientes, según el orden con que aparecen en las *Obras Completas* del poeta: *El ama*, *La "galana"*, *El Cristu benditu*, *Mi vaquerillo*, *Amor*, *Amor de madre*...

En el primero de estos poemas, en *El ama*¹¹, se expresa el influjo familiar en la adopción de criterio, para resolver el problema que, años después, Ortega analizaría con suprema lucidez: el de *La elección en amor*. Así, dice la primera de sus estrofas:

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fui como mi padre, y fue mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

En estos versos, son varias las cosas que Galán certeramente nos revela: el poder ejemplificador de la familia y, por ello –repito–, la influencia del ambiente que en ella se respira; la erección de la propia *madre buena* en paradigma, para la búsqueda de futura esposa propia, y madre de los propios hijos; y, por último, el, para el hijo, carácter modélico del padre, en los diversos ámbitos de la faena del vivir. Evidentemente, para que ese influjo familiar sea positivo, es necesario que la vida

11. Nota 8, pp. 33-42.

familiar discurra felizmente, de modo que la *dicha más perfecta* sea en ella percibida hasta en los más mínimos detalles.

Ahora bien, dentro del ámbito familiar, el amor a la madre es fundamental, conforme ha sido siempre reconocido. Mas conviene advertir que, según Freud, ese fundamental carácter del amor a la madre, lo es para los hijos varones, mientras que, para las hijas, sería el amor al padre el que ostentase dicha cualidad. Mas sea lo que fuere de las elucubraciones freudianas, lo cierto es que en la obra galaniana el de la madre a los hijos es presentado con superlativa sublimidad. Recuérdense, al respecto, los múltiples sacrificios de que por sus hijos una madre es capaz, tal como Galán los expresa, con sin par lirismo, en *Amor de madre*¹². Pero, antes de enumerarlos, el poeta intenta apresar y dar a conocer, de alguna manera, la esencia del amor materno, al modo como S. Agustín intentó desentrañar racionalmente el misterio de la Trinidad. Y, al igual que éste, aquél se estrella, fracasa en el empeño. Es sabido que el santo de Hipona abandonó su propósito, cuando, absorbido por sus pensamientos, se encontró con el ángel-niño queriendo meter en un pequeño pozo, en un hoyo hecho en la arena, todo el agua del mar inmenso, y, al advertirle Agustín que ello era de todo punto imposible, el niño le replicó: “No menos imposible que lo que tú pretendes”. Las metáforas mismas que Galán emplea, evocan, de alguna manera, la consabida anécdota agustiniana. Así, el poeta nos habla del “mar inmenso del amor divino” y del “torrente del amor materno”, los cuales se le presentan como inasequibles, respecto a la posibilidad de expresarlos y cantarlos adecuadamente. Y es que

... el salmo santo de las cosas santas
debe bajar de alturas celestiales
con letras de seráficas gargantas
y acentos de laúdes edenales.

Ante esa su incapacidad expresiva, Galán concluye, lleno de dolor, la pequeña e introductoria parte del poema:

...
me desgarran el alma y el oído,
las míseras estrofas del poema;
rompo el laúd, que acompañó mi canto,
y digo con la voz de la amargura:
¡Señor a quien soñé: Tú eres más santo!
¡Mujer de quien nací: tú eres más pura!

Por eso, intuyendo Galán la infinitud y grandiosidad respectivas del amor divino y del amor materno, se dispone a escribir, “haciendo con respeto santo la señal de la cruz sobre su frente”.

12. Nota 9, pp. 525-531.

De acuerdo, pues, con el poema, es el amor materno el primero en jerarquía, tras el amor divino, ya que la divinidad supera, evidentemente todo lo humano positivo, cualquiera que sea el aspecto considerado. Ahora bien, si la madre es, según queda dicho, el modelo ideal para la elección de esposa, resulta claro que el amor a ésta, el amor conyugal, reviste igual relevancia que el materno, en el pensamiento del poeta.

Pero, ¿cuáles son los aludidos sacrificios de que por sus hijos es capaz una madre, y que el poeta presenta como inequívoca prueba del amor de aquélla? He aquí los enumerados por Galán: el amoroso cuidado del hijo pequeño que, enfermo grave, está en la cuna consumiéndose; el sometimiento a los más crueles y penosos trabajos, si ello fuere necesario para sostener a sus hijos; el buscar, en los ambientes más hoscos y peligrosos, al hijo descarriado, hasta el extremo de jugarse la vida por él;... Por eso, casi extasiado, concluye el poema:

Más sublime te he visto
cuando salvas, ¡oh amor!, que cuando creas.
¡Tú sabes ser como el amor de Cristo,
pues sabes redimir! ¡Bendito seas!

Y ¡qué no decir de *El Cristu benditu*¹³, composición henchida de amor paterno, ya que no en vano a su hijo mayor la dedicó el poeta, según le dice a Mariano Cividanes, en carta anunciadora de que le enviará unos versos:

... para que te entretengas un ratillo, te enviaré unos versos escritos para mi Jesús
(Los papás somos todos medio tontos con los hijos)¹⁴.

El poema consta de cinco partes de muy desigual longitud. En la primera expresa, el poeta, el bajo tono vital en que se encuentra, en relación a pasadas épocas. Éstas las recuerda deliciosas, alegres, fecundas. Como en *El ama*, parece percibirse en *El Cristu...* una cierta influencia manriqueña, en el sentido de que *cualquier tiempo pasado fue mejor*. El caso es que, impregnado de gran fe y de gran esperanza cristianas, Galán nos dice, en la segunda de las partes, que se acercó a *la ermita del Cristu*, para contarle a Éste el estado depresivo en que aquél se encontraba, y pedirle adecuado remedio. Y lo hace con la máxima humildad posible: llorando, como lo hace un niño, *un niño de teta*.

Yo le ije, después de rezali:
-¡Santu Cristu, que yo tengo pena,
que yo vivo tristi
sin sabel de qué tengo tristeza
...!

13. Nota 8, pp. 245-251.

14. GABRIEL Y GALÁN ACEVEDO, Jesús. *José María Gabriel y Galán. Su vida. Su obra. Su tiempo*. 1ª. ed. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2004, p. 197.

Y, tras confesar a Jesús la problemática situación que aflige al poeta, éste le hace la petición susodicha:

i...
Tú, que estás en la Crus clavaito
pol sel yo maletu, quítame esta pena
que aentru del pecho
me escarabajea!...
¡Jalo asina, que yo te prometo
jacelmi bien güeno pa que Tú me quieras!

En la estrofa inmediatamente anterior a la que acaba de citarse, Galán ha dicho a Jesús que él, Galán, sigue “siendo maletu”, no obstante haber muerto Aquél *pa que tos los malos güenos se golvieran*. Y se lo ha expresado

... lleni de velgüenza
pa que me perdonis
y me jagas entral en vereas.

En la tercera parte, se muestra el autor agradecido al “Cristu”, porque le ha concedido el remedio para sus angustiosas penas. El tal remedio no consiste en bienes materiales,

... porque ice la genti que sabi
que la dicha no está en la riqueza.

Tampoco consiste, el remedio, en cargos o títulos de mayor o menor rango social –marqués, *ministro*, *alcaldí*–

¡Pa esas cosas que son de fanfarria
no da nada el Cristu de la ermita aquella!

Jesús, en el sentir del poeta, da a cada cual lo que le conviene, con tal que este cada cual adopte una humilde actitud. ¿Qué le fue a Galán concedido? Él nos lo declara:

A mi me dio un hijo
que paeci de rosa y de cera,
como dos angelinos que adornan
el retablo mayol de la iglesia.

A partir de aquí, el poeta pasa revista a las mil gracias de su hijo, que no son otras que las de cualquier niño normal, en el primer año de peregrinaje por la vida: al mamar, al sonreír, al encoger y estirar las piernas... Eventos todos estos que, unidos a la inocencia e indefensión de un niño, encantan y subyugan a cualquier adulto no afectado por alguna severa psicopatía.

Las partes cuarta y quinta constan, cada una, de sólo una estrofa: en la cuarta, al observar que el niño sonrío de dormido, dice a su mujer, el poeta, que es porque sueña que está retozando

...
con los angelillos
en la gloria mesma...

Y, por fin, en la quinta, concluye agradecido:

¡Qué guapo es mi neni!
¡Ya no tengo pena!
¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!

Arribados a este punto, nos sale al paso el siguiente interrogante: ¿A qué *conclusiones educativas* se llega, o puede llegarse, tras una reposada lectura de *El Cristu benditu*? Parece claro que no a otras que a las de un sujeto auténticamente cristiano, en las horas bajas de la vida; y que, educativamente, pueden concretarse, entre otros, en los siguientes objetivos:

- 1^a) No caer en la desesperación, ni siquiera en la desesperanza, cuando se sienta uno atenazado por más o menos intensos contratiempos psico-físicos.
- 2^a) Pedir a Dios ayuda, a Jesús, convencidos de que sólo con esa ayuda pueden ser resueltos nuestros problemas, por angustiosos que nos parezcan o sean.
- 3^a) A un tiempo con lo anterior, hacer frente, de forma serena, enérgica, a las dificultades que se nos presenten, como si el vencerlas sólo dependiera de nosotros.
- 4^a) Confiar en que Jesús concede siempre el remedio idóneo para el sufrimiento humano, cuando constante y humildemente se le pide.
- 5^a) Amar, proteger y, como consecuencia, educar a los niños, siguiendo el preferencial trato que les dispensó Jesús.

No se puede cerrar lo dicho sobre el *amor* en Galán, sin recordar que la relación amorosa, tal como éste la ve y se esfuerza en ejercerla, se extiende a todos los prójimos, y no sólo a los íntimos de la familia. Y no sólo a los humanos, si no a los animales y a la Naturaleza, a la totalidad del Universo. Recordemos si no cómo el amor al prójimo extrafamiliar, planea como sostén de cuanto se dice en los ya comentados poemas: en *A su Majestad el Rey*, *Mi vaquerillo* y *Los postres de la merienda*. Y es que el amor, para Galán, como siglos ha lo fuera para Platón, constituye la manifestación suprema de la vida, cuando ésta se desliza, según ya he dicho, dentro de parámetros normales. Para corroborar esto, el poeta de Frades, recuerda en *Amor*¹⁵ la exclamación, quizá retórica, que profirió ante una relación de amor rota por la muerte: “¡Feliz el que no ama!”. Y, arrepentido, a continuación escribe:

Y huí cobardemente,
vertiendo sangre de la abierta herida,
en busca de un rincón –¡pobre demente!–
donde no hubiera amor y hubiera vida.

Pero ese rincón no lo encontró ni en las humildes chozas de los pastores, ni en los conventos, ni en las desiertas parameras en que, solitarios, trabajan los gañanes, ni en los cementerios, ni en la Naturaleza animal, ni... Recordemos, como ejemplo expresivo de amor a los animales, el poema *La "Galana"*¹⁶, en que el amor se extiende a la madre muerta, a la niña viva, al pobre padre de ésta, a la cabra Galana parida, al recién nacido y sacrificado cabritillo, sacrificado por salvar a la niña sin madre nada más nacer: para que se nutriera ella con la leche de la cabra, que naturalmente hubiera correspondido a aquél. La Galana se acostumbró a acudir y espatarrarse, para que la huerfanita cogiera la teta, en cuanto ésta con su llanto avisaba a la cabra de que tenía necesidad de mamar. De este modo, a pesar de la desgracia, todo marchaba bastante bien. Pero, una tarde siniestra, la niña llora y no puede acudir la cabra: está mortalmente herida, cerca del chozo en que aquélla solloza sin que nadie acuda. La cabra muere y, tras ella, se murió la niña, ya que ningún remedio pudo sustituir la leche de la Galana.

Ni leche de ovejas,
ni dulces papillas,
ni mimos, ni besos...
¡Se murió la niña!
¡Esta vez quedó el crimen impune!
¡Esta vez no brilló la justicia!

Como prueba de la fuerza emotiva de este poema, diré que, al frisar yo los 13 años, se lo leí a un entonces precioso niño de 6, llamado Marce, y, al llegar a la muerte de la cabra y de la niña, se convirtieron las mejillas de aquél en un auténtico mar de lágrimas.

En *La "Galana"*, como en casi todas sus composiciones, el autor contrapone el valor positivo al contravalor correspondiente. En este caso, al amor se contrapone a la ferocidad de los lobos o a la crueldad de algún hombre. Galán no califica peyorativamente a las fieras; pero sí la conducta de algunos seres humanos: *¿algún hombre perverso sería*, el agresor de la cabra? Y es que en las fieras es la ferocidad lo propio de su naturaleza, al igual que de la del hombre lo es *el amor al bien*, donde quiera que se encuentre. Ésta es, a todas luces, la concepción antropológica del gran poeta de Frades.

No se debe tampoco pasar por alto, al hablar del amor de Galán a sus semejantes, el que tuvo a sus discípulos, durante y después de su etapa docente. No

15. Nota 8, pp. 497-501.

16. Nota 8, pp. 221-223

se olvide que la intencionalidad moralizante, educativa, estuvo presente siempre en la producción del poeta. Y no en vano se ha insistido por todos los estudiosos de la educación, desde Séneca hasta hoy, en que la tarea educativa sólo es eficaz, cuando se da realmente una relación de auténtica cordialidad, amorosa, entre educadores y educandos. Y Galán supo establecer esa relación, según el impresionante testimonio que da, en la elegía dedicada a Nicomedes Martín, uno de sus discípulos, muerto cuando todavía lo era. Se titula *¡¡Adiós!!*¹⁷, y en ella, amén de expresar su dolor, el poeta expresa lo que, fundamentalmente, había enseñado al discípulo desaparecido:

Yo te enseñaba a querer,
yo te enseñaba a marchar
por la senda del deber,
yo te enseñaba a rezar
yo te enseñaba a creer.

Y, en la estrofa siguiente, el poeta, el maestro, nos expresa que el alumno muerto fue tierra fértil, en la que la semilla del docente brotó de forma ejemplar. Por eso, como con los discípulos brillantes suele ocurrir, Nicomedes amó profundamente al que en su alma estaba haciendo tan nobilísima sementera:

Tal vez extrañe, el que ignore
lo mucho que me querías,
que tanto tu muerte llore
y que por ella hoy devore
secretas melancolías.

En este clima de mutuo y profundo afecto, no es extraño que Galán acompañase al discípulo en los últimos días de su existencia terrena:

¡Con qué dolor te veía
sufriendo el atroz tormento
de tu bárbara agonía
sin poder el alma mía
darte vida con su aliento!

Y, al acabar Nicomedes de expirar, el alma fina y estremecida del poeta, no se olvida de entregarle el que juzga mejor pasaporte, para emprender el tránsito de ésta a la otra vida:

¡Y al acabar con la muerte
de tu dolor el calvario,
qué consuelo fue ponerte
mi bendito escapulario
sobre tu pecho ya inerte!

17. Nota 8, pp. 709-712.

Acongojante situación la de despedir definitivamente de esta vida a un ser al que se quiere. Por eso, se buscan sustitutos que nos produzcan la ilusión de no haber perdido del todo a la persona amada, de conservarla de algún modo a nuestro lado. Y Galán no es ajeno a tan generalizado sentimiento:

¡Tristes momentos aquellos!
Como recuerdo de ellos
conservo cual rica alhaja
una cinta de tu caja
y un mechón de tus cabellos.

Pero el poeta no sólo escribe como homenaje al desaparecido discípulo ni como desahogo propio, sino también con la esperanza de consolar de algún modo a los padres del fallecido:

...
para tus padres escribo
mis secretas impresiones
que acaso en sus aflicciones
les sirvan de lenitivo;

A pesar de todo, hay que reconocer que en Galán se aúnan la sensibilidad de un gran poeta y la resignada y serena actitud de un cristiano modélico. Y, acorde con esa conjunción, finaliza su elegía:

¡Dios hizo bien al llevarte!
...
¡Dios hizo bien!... Sólo escoria
y miseria es lo que encierra
esta vida transitoria.
¡Los ángeles de la tierra
deben marcharse a la gloria!

SERENIDAD

Con tan arraigadas y firmes creencias religiosas, nunca titubeantes en la vida del poeta, es natural que éste usufructuase una tan impresionante como envidiable serenidad, aun en los momentos más duros de la existencia. Así lo confiesa Galán, en el poema *Treno*¹⁸, uno de los de más perfecta factura entre todos los suyos. En él parece resonar el texto litúrgico expresivo de que nada ni nadie puede arrebatar, a quien tiene consigo a Dios: “Señor, luz y salvación mía, ¿a quién temeré?”

18. Nota 8, pp. 143 y ss.

Aunque se levanten contra mí los campamentos, no temerá mi corazón. Aunque el combate vaya contra mí, no perderé la esperanza”.

Pues bien, Galán, apoyado no sólo en la fe religiosa, sino en sus dolorosas experiencias, nos muestra, en el mencionado poema, un estado de ánimo desprendido de casi todo, y adherido casi solo a la Divinidad. Parece como si los contratiempos, lejos de apartarlo de la fe, lo hubieran afianzado en ella. Así, en la primera estrofa, nos declara, el poeta de Frades, el temple anímico en que se encuentra:

Tengo el alma serena
para toda amenaza de catástrofe;
la tengo muda y sorda
para voces de amores que me llamen;
la tengo seria como un campo yermo;
quieta la tengo como aquel cadáver
de quien yo no creí que fuese tierra
porque era el de mi madre.

Enumera después las más tremendas amenazas naturales que pueden acaerarnos –el rayo, el volcán rugiente, la sierra que se derrumba, el río que se desborda, el huracán, la muerte de los vecinos...–, para al final exclamar estoicamente, considerando como minucias todos los peligros, al lado del dolor que le han deparado más íntimas desgracias:

...
¡qué pequeños sois todos, qué pequeños,
y mi dolor qué grande!

Y le parecen no menos pequeños los “hombres perversos” que gozan, al hacerle daño; y le parecen inútiles los esfuerzos de los amigos que quieren hacerlo retornar a una vida feliz.

...
porque nadie logró que el mundo hable,
Sólo podrá moverme, desde la noche de la gran catástrofe,
la voz de Dios gritándome: “¡Hijo! ¡Hijo!
¡Respóndele a tu padre!”

Como en *¡Adiós!* y en tantos otros poemas, Galán acaba siempre buscando y encontrando apoyo en el Ser Infinito.

EL TRABAJO

Se ha dicho, con toda razón, que las dos más altas virtudes actuales son el “amor al trabajo oscuro” y el “idealismo inmarcesible”. El significado de la primera de ellas se entiende fácilmente: consiste en las tareas no de relumbrón, sino de las que,

sin ser por los demás vistas ni aplaudidas, son necesarias para el bien ajeno y propio. Y la segunda, el “idealismo inmarcesible”, es el afán operativo de convertir la “sociedad que es”, en otra más justa, laboriosa y solidaria.

Es obvio que, para un cristiano como Galán, la práctica de las dos mencionadas virtudes, constituye uno de los principales y más acuciantes deberes. Así lo expresa en varios lugares de su obra, y de modo relevante en *Canto al trabajo*¹⁹, composición en la que pasa revista a los múltiples y beneficiosos efectos que, para el ser humano, el trabajo produce:

Redimes y ennobleces,
fecundas, regeneras, enriqueces,
alegras, perfeccionas, multiplicas,
el cuerpo fortaleces
y el alma en tus crisoles purificas.

Y todo ello se logra no mediante una sola forma de actividad laboral, sino por medio del conjunto de formas que, ejercidas por el hombre, esa actividad reviste, y que, a título de resumen, el poeta presenta de este modo:

Labra, funde, modela,
torna rico el erial, pinta, cincela,
incrusta, sierra, pule y abrillanta,
edifica, nivela,
inventa, piensa, escribe, rima y canta.

Es obvio que si tantos y tan variados efectos positivos produce el trabajo, merecen los más duros anatemas quienes lo minusvaloran o de algún modo lo entorpecen. Por eso, Galán, tras pedir todo tipo de felicidad para los hogares en que el trabajo habita, exclama, cual Júpiter tonante, contra aquellos otros en que ocurre lo contrario.

Tiempos tan esperados
de la justicia, que avanzáis armados:
¡sitiad por hambre o desquiciad las puertas
de alcázares dorados
que no las tengan al trabajo abiertas!

Y no se conforma con estas duras palabras, sino que, a renglón seguido, añade estas otras no menos fuertes:

¡Vida que vive asida
sabía sorbiendo de la ajena vida,
duerma en el polvo en criminal sosiego!
¡Rama seca o podrida
perezca por el hacha o por el fuego!

19. Nota 8, pp. 163-167.

Recuerdan, estas desiderativas exclamaciones, la maldición evangélica que Jesús lanzó contra la higuera estéril, cuando en busca de higos se acercó a ella. También el dictamen paulino contra quienes se niegan a trabajar: “el que no trabaje, que no coma”. Y, así mismo, nos traen a la memoria textos de varios otros autores de diferentes ideologías, aunque coincidentes en defender la justicia y el trabajo: de Proudhon, Marx, Lerroux, Besteiro..., por un lado; y, por otro, de Gil Robles, Calvo Sotelo, José Antonio, Ramiro Ledesma Ramos...

En el cierre del poema, Galán, según su habitual modo de proceder, aúna lo natural y lo sobrenatural, lo humano y lo divino:

... gloria a ti, ¡oh fecundo
sol del trabajo, alegrador del mundo!
Sin ofensa de Dios, que fue el primero,
tú el creador segundo
bien te puedes llamar del mundo entero.

COMENTARIO FINAL Y CONCLUSIONES

¿Qué se puede concluir, al poner punto final a este no exhaustivo, pero sí veraz análisis axiológico de la obra escrita de José M^a Gabriel y Galán? Ya que también estamos en el centenario del Quijote, diré, en primer lugar, que de nuestro poeta puede afirmarse lo que en varias ocasiones se ha dicho de Cervantes: que éste, como persona, valía tanto o más que su genial obra. Tal sentencia le cuadra perfectamente a Galán, porque su obra literaria detenidamente leída, nos revela que era un hombre de tan idéntica hechura por dentro como por fuera. Y es que no se puede expresar con tanto acierto, emoción y firmeza, la adhesión a los más nobles valores del espíritu, si no está uno de verdad adherido a ellos. Quizá está en esto el secreto del entusiasmo que ha suscitado siempre en el pueblo, la lectura del gran lírico salmantino. De él puede pensarse lo que de sí mismo dijo Unamuno, al ser interrogado por un ex discípulo suyo sobre el famoso poema *El Cristo de Velázquez*. La pregunta le fue así formulada: “Todo eso, querido don Miguel, ¿le sale a usted del fondo del alma?”. A lo que respondió el salmantino de adopción y bilbaino de nacimiento: “Si no me salieran del fondo del alma, ¿cree usted que podrían estar esas ideas tan bien expuestas?”.

Elegió, pues, Galán, como brújula de su vida, la belleza moral de que los griegos hablaban; pero mejorada por el fino retoque de la mano de Cristo. Y lo hizo por ser consciente de que nunca nada bueno haremos los humanos, sin la ayuda de Jesús, ya que, como acertadamente se ha escrito, “...cualquier hombre, hasta el más noble, lleva en su ser una veta de bellaco...”.

De acuerdo con esto, se pueden muy bien formular sucintamente las siguientes conclusiones:

- 1^a) La verdad es lo que las cosas son por sí mismas; y la percepción y expresión de ello por parte de los sujetos.

- 2^a) La importancia de la verdad es tal, que, sin ella, sería imposible una sana comunicación interpersonal y, por tanto, una sociedad y una vida humana igualmente sanas.
- 3^a) Es urgente, pues, enraizar en la sociedad el hábito de la verdad, mediante una educación adecuada.
- 4^a) Merece condena rotunda la vulneración de cualquiera de los ámbitos de la justicia, y especialmente los relativos al mundo del trabajo, por ser éste, después de Dios, lo más grandioso que existe.
- 5^a) No debe perderse la serenidad, por muy angustiosa que sea la situación en que uno se encuentre.
- 6^a) Fundamenta Galán lo anterior, en una auténtica y personal asunción de los valores cristianos.
- 7^a) Se debe, por tanto, amar, proteger y, consecuentemente, educar a los niños de acuerdo con el preferencial trato que les dispensó Jesús, y en consonancia con las pautas por Éste establecidas.